

RAZA MALDITA



CESE que los gitanos actuales, descienden de una nación que, en la edad media, se dispersó por todos los estados europeos. ¡Así debió ser!

Es éste, un pueblo nómada, sin creencias admisibles, amante del crimen y del robo, de sentimientos perversos y poco o nada humanitario. Pueblo errante; sin patria, sin fe, sin dignidad.

Patentes están sus instintos sangrientos y sus actos de rapiña. Tanto horror tienen al agua, como cariño a sus largas melenas mugrientas. Pueblo sucio, corporal y espiritualmente.

El mundo civilizado parece estar conjurado contra esta raza maldita por los hombres. Es una cruzada continua la que se lleva contra este reducido sector de la Humanidad. Parece ser, quererlos exterminar, aniquilar, para siempre. Pensar en este exterminio, en este aniquilamiento es inhumano y lo prohíbe la religión del Crucificado; y creer que persiguiéndoles, como actualmente se les persigue, los vamos a encauzar por el camino del bien, es sencillamente inadmisibile. ¡A la fiera no se le amansa con el látigo! ¡Al criminal no se le corrige poniéndole al borde del crimen!

Es cierto, desgraciadamente cierto, que, el gitano, es un ser peligroso para la sociedad; pero pensemos serenamente y veamos quién es el culpable de que así sea, si el mismo sujeto o la sociedad que le hace culpable de sus actos después de incitarle a cometerlos.

«Es un pueblo nómada enemigo del trabajo y amante del pillaje», exclaman la mayoría de las gentes. ¡Es cierto! Pero es nómada porque se les obliga a ello. No bien terminaron de arribar a un poblado, cuando se les arroja, enseguida, de él, despiadadamente, sin darles tiempo material para adquirir provisiones; roban porque el cuerpo les reclama alimentos; y no trabajan, porque nadie les ofrece trabajo en sus tierras o talleres. Los niños les hacen la cruz y los mayores les arrojan malhumorados de los dinteles de las puertas. Llevando esta vida, no hay criatura humana, ni puede haberla, con delicados sentimientos.

El gitano es una fiera acorralada que obra defendiéndose de sus perseguidores. No le culpemos de sus actos. Pongámonos todos en su lugar y seguramente obraríamos como él.

El procedimiento empleado, contra estos pobres seres, no es el más adecuado a la civilidad del siglo.

Todos conocemos el valor educativo del medioambiente en la educación del hombre; si no arrancamos al *churumbel*, del hogar de sus mayores, no conseguiremos absolutamente nada para su regeneración.

El gitano, bueno por naturaleza, como obra de Dios, es educable, perfectamente educable; pero debemos atender a su educación en su primera edad. Así lo creyó aquel ilustre español, aquel sacerdote ejemplar, aquel hombre tan bondadoso como sabio, que se llamó Don Andrés Manjón. El inició al mundo, el camino a seguir para la transformación de esa raza maldita, por los hombres, en una raza de seres educados, laboriosos y amantes de Dios y de sus semejantes. El, derrochando cariño, consiguió reunir en sus escuelas modelo, todos los niños gitanos de la ciudad de Granada, consiguiendo resultados excelentes. El sacrificó su vida y su fortuna en bien de estos niños dignos de mejor suerte. El demostró elocuentemente, que el pueblo gitano, es un pueblo bueno, un pueblo educable, un pueblo que, una vez civilizado, puede vivir, sin peligro alguno para nadie en el seno de la sociedad más exigente.

Al gitano debe perseguírsele, sí; pero no para precipitarle por el camino del crimen y del robo, sino para atraerle hacia las escuelas, para educarle, para civilizarle.

Sigamos el camino trazado por aquel sacerdote humilde, por aquel ilustre Manjón, y nos convenceremos de que la raza gitana puede ser buena y laboriosa; si hoy no lo es, la culpa no es de ella, es de nosotros que la precipitamos, sin darnos cuenta de ello, por el camino del mal.

Basiliso MARTINEZ PEREZ.

Mosqueruela-Teruel noviembre 1927.

Visado por la censura

ILUSTRACIÓN CASTELLANA llega a todos los Centros de Cultura y Casinos de España, por lo que el anuncio adquiere extraordinaria publicidad y provechosos beneficios.

CUENTO

EL MÁS VALIENTE



OR la empolvada carretera que enlaza la vieja villa de Sahreño con la moderna ciudad de Beniasquin, iba la diligencia, arrastrada por dos escualidos y fatigados caballos. Dentro del añoso y rechinante vehículo, sentadas gravemente sobre las duras colchonetas de esparto, iban tres personas, y una de ellas era el padre Luis, conocido en toda la comarca por su fama de gran predicador, y las otras —blancas siervas de Cristo— eran dos monjas. Entraba por las abiertas ventanillas del carruaje el aire fresco de la mañana, y desde el fondo de los asientos se veía la dilatada llanura, amarillenta en los rastrojos, porque era el Agosto y estaban casi a punto de remate las penosas faenas de la siega. Afuera, en el pescante, desde lo alto de su sitial como desde una tribuna, el mayoral voceaba a los caballos animándoles, ya con voces cariñosas, ya con gritos enérgicos, y de vez en cuando restallaba la fusta, que crujió como un cohete. Dentro del coche, mientras el padre leía en su breviario, las hermanitas, como cohibidas en presencia del revendo, muy juntas, cruzadas las manos y sin osar alzar la vista, movían los labios temblorosos rezando en voz baja.

Al llegar a Cienciella, cuyo campanario se divisó de pronto, Luco, el mayoral, refrenó algo el trote de los caballos. El padre Luis, alzando la cabeza, no pudo reprimir un gesto desdenoso, y dijo a las hermanitas: —He aquí un pueblo poco cristiano.

—¿Es Cienciella?—preguntaron con timidez.

—Sí. ¡Gentes de poca fe!

Luego el mayoral, volviendo la cabeza para mirar por la ventanilla del pescante a los viajeros, exclamó:

—Van a tener *ustés* compañía.

Efectivamente, detenido el carruaje en la plaza, subieron al coche una señora obesa y asmática, acompañada de un señor calvo,

que era su marido. Luco abandonó su puesto para recoger la valija del correo, regresando a los pocos minutos. Al arrancar la diligencia, oyéronse las voces que daba un joven, que acercábase a todo el galopar de su caballo. Era Crispulo, acaudalado propietario, muchacho procaz, insolente, pendenciero y calavera. Detenido nuevamente el coche, llegóse a él Crispulo, y entregando su cabalgadura a un mozo de Cienciella, abrió la portezuela y entró bruscamente en el carruaje, tomando asiento al lado de las monjas, frente al matrimonio recién llegado, y frente al padre, que continuaba en su lugar y tenía ahora a su izquierda a la viajera asmática.

Al entrar Crispulo, el revendo le miró, y como si hubiera reconocido en él a un antiguo enemigo, hizo un gesto extraño apenas perceptible, un gesto de contrariedad y de repugnancia.

—¿Es usted, don Juan?—dijo Crispulo, saludando al caballero calvo y a la señora.

—¡Hola, Crispulo! Pero ¿quién te conoce, muchacho? ¿Adónde vas? Sotera, este joven es Crispulo, el hijo de Conrado Alberique...

Después de los primeros saludos, don Juan dijo que iban a Madrid, para que los médicos viesan a su esposa, y Crispulo contó que vivía en su finca de los Carrascales, a dos leguas de Cienciella dirigiendo los trabajos de la recolección, y que iba a la feria de Venate, para ver las corridas de toros. Luego, examinando más atentamente al fraile, que leía, y a las monjas, que permanecían muy juntas, encogidas y silenciosas, Crispulo hizo un gesto muy cómico y cambió con D. Juan una mirada de inteligencia.

Don Juan, que conocía muy bien al hijo de Conrado Alberique, no ignoraba sus campañas como concejal del Ayuntamiento de Cienciella, y recordó el escándalo a que había dado lugar Crispulo cuando fundó en la villa un Centro republicano, y dió a luz un semanario político, que tenía un descarado sabor antirreligioso, y desde cuyas columnas más de una vez había ridiculiza-